

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana

Juan Alberto Bozza

(Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP)

Introducción.

En los años sesenta, la Nueva Izquierda norteamericana manifestó interés por los fenómenos revolucionarios y el marxismo latinoamericano, especialmente por la Revolución Cubana. Entre los grupos radicales de los Estados Unidos, el colectivo editor de *Monthly Review (MR)* expresó una intensa solidaridad con la gran transformación en la isla caribeña. Siguió atentamente los nuevos desafíos que asediaban al proceso cubano y participó del diálogo y las polémicas que el mismo suscitaba entre los revolucionarios e intelectuales del continente. El análisis y los puntos de vista de *MR* sobre el devenir cubano ofrecen la oportunidad de observar un marxismo plural, creativo como sostuvo Òscar Lange¹, receptivo de las diversas estrategias radicales, aunque con simpatías hacia la izquierda revolucionaria y la lucha armada en el subcontinente.

El presente estudio incluye, en su primera parte, una breve descripción de los orígenes de la revista norteamericana en un contexto político de esperanzas y frustraciones. La segunda parte enfoca las consideraciones de *MR* sobre el curso, los dilemas y perspectivas de la Revolución Cubana. En la percepción de los sucesos cubanos, la revista, receptiva de voces diferentes, incorporó comentarios y reflexiones de intelectuales trotskistas. Si bien las mismas no representaron la opinión del grupo editor, originaron a una agitada controversia representativa de las cuestiones procesadas durante el desarrollo y la fragmentación de la Nueva Izquierda.

1 UNA TRADICIÓN MARXISTA PLURAL.

1 “El XVº aniversario de MR”, *Monthly Review*, Bs. As, año 1, v. 11, julio de 1964, p. 61

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana
Monthly Review fue fundada en 1949 por los intelectuales socialistas Leo Huberman, Paul Sweezy y Matty Matthiessen, luego de la frustración electoral de Henry Wallace y del Partido Progresista². Ese mismo año, el economista de la Universidad de Stanford, Paul Baran, comenzó a colaborar con los editores y, en la década del cincuenta se integró al equipo la revista. La incorporación ayudó a romper el aislamiento que sufría en el mundo académico durante la Guerra Fría.

La convergencia de los puntos de vista de Sweezy y Baran derivó en cooperación intelectual; uno de sus frutos perdurables fue la investigación de la dinámica y estructuras del capitalismo de posguerra, **El capital monopolista**, publicado en 1965, un año después de la muerte de Baran³. En sus primeros años, MR apenas superó los límites de la supervivencia; su tiraje fue modesto estuvo acechada por las punciones del macartismo⁴. Nacida en la coyuntura de la Guerra Fría, la publicación formaba parte de la “vieja izquierda” (*Old left*) americana, junto al partido comunista (CPUSA), los grupos trotskistas vinculados a *The Partisan Review* y al periódico marxista independiente *The National Guardian*⁵. A pesar de las adversidades, obtuvo el respaldo de una masa crítica de seguidores (de 6000 a 11000 según las décadas) y eminentes colaboradores, entre ellos Albert Einstein, Sartre, Ernesto Guevara, Joan Robinson, los historiadores William DuBois, Staughton Lynd, William Appleman Williams, el sociólogo Wright Mills, H. Marcuse, Noam Chomsky, etc.⁶

La revista ejerció una potente crítica a las estructuras capitalistas y al orden social de la nación americana. Con reconocido rigor empírico, registró las contradicciones económicas del sistema y señaló las nuevas estrategias que adoptaba (por ejemplo, el desarrollo de publicidad en las ventas, la

2 **MR** fue fundada con los recursos provenientes de una herencia familiar de Matthiessen. Huberman era un escritor y periodista marxista egresado de la Universidad de Nueva York. John Simon, “Leo Huberman: Radical Agitator, Socialist Teacher”, **MR**, New York, v. 55, October, 2003, p. 18. Sweezy fue profesor y economista de Harvard durante la segunda guerra. En ese periodo se establecieron sus relaciones políticas y personales con Baran y con el economista de la Universidad de Chicago Oskar Lange. **Monthly Review**, v. 2, n° 6, October 1950, pp 5-7. Paul Sweezy, “Paul A. Baran. Un testimonio personal”, **MR**, *Bs. As.*, año 2, n° 20, abril de 1965, p. 26.

3 Baran trabajó en el Banco de la Reserva Federal de Nueva York, hasta fines de los cuarenta. Involucrado con *MR*, publicó en la editorial de la revista una de sus primeras grandes obras, **La economía política del crecimiento**, New York, Monthly Review Press, 1957. Falleció en marzo de 1964.

4 Sweezy debió comparecer ante los tribunales de New Hampshire por la denuncia del procurador general, que lo acusaba de propalar credos subversivos. “Paul Sweezy, 93, Marxist Publisher and Economist, Dies”, **The New York Times**, March 2, 2004, p. 17.

5 **The National Guardian** fue un semanario de izquierda fundado en 1948, al calor de la campaña por Wallace. Cercano al CPUSA en un principio, en 1968 pasó a llamarse **The Guardian** y adhirió al maoísmo. Alan M. Wald, **The New York Intellectuals: The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left From the 1930's to the 1980's**, The University of North Carolina Press, 1987, pp. 143-145. Cedric Belfrage y James Aronson, **Something to Guard: the Stormy Life of The National Guardian, 1948-1967**, New York, Columbia University Press, 1978.

6 Tenía seis mil seguidores en 1954. Christopher Phelps, “Introduction: A Socialist Magazine in the American Century”, **Monthly Review**, n° 51, 1999, pp. 2-3. Otros autores que publicaron en la revista fueron E. Hobsbawm, E P Thompson, A. Gunder Frank, Samir Amin, Tariq Ali, R. Miliband, E. Galeano, I. Wallenstein, Raymond Williams, etc.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana (expansión del armamentismo), para recuperar la caída de la rentabilidad. Analizó las asimetrías, la relación de dependencia, entre el imperialismo de las naciones industrializadas y aquellas que no habían podido superar el atraso. Enfocó las desigualdades sociales y raciales en la distribución de la riqueza, los enclaves de pobreza y racismo; difundió las luchas por la consecución de los Derechos Civiles de los afroamericanos, contra la guerra de Vietnam y el envío de jóvenes al sudeste asiático. En sus primeros años, manifestó un apoyo crítico a la URSS: la patria del octubre rojo era considerada un escudo protector necesario para frenar al expansionismo de los Estados Unidos. No obstante, señalaba la configuración de una burocracia partidaria que se diferenciaba del resto de la población por sus estándares de vida y privilegios. Al transcurrir los años sesenta, criticó la estrategia soviética de construcción del socialismo en un solo país, miró con desdén la coexistencia pacífica y expresó cierto malestar por la reticencia de Moscú a apoyar consecuentemente a los movimientos de liberación del tercer mundo. Este tipo de cuestionamientos acercaron al maoísmo a integrantes del equipo editor.⁷

La resonancia de la voz de *MR* creció en los años sesenta. El grupo, con la incorporación como editor del economista Harry Magdoff, se involucró con las tendencias (políticas, estudiantiles, étnicas y feministas) de la Nueva Izquierda, apoyando las grandes movilizaciones por los Derechos Civiles, en cooperación con organizaciones como *Students Nonviolent Coordinating Committee (SNCC)* y *Congress of Racial Equality (CORE)*. También estrechó filas junto a las experiencias radicales gestadas en los campus universitarios, especialmente los *Students for a Democratic Society (SDS)*, la principal organización de resistencia contra la agresión norteamericana a Vietnam y por el retiro de las tropas de Indochina.⁸

MR llevó adelante una prolongada tarea de esclarecimiento de la teoría marxista. La misma combinaba una investigación académica rigurosa y una voluntad de intervención anticapitalista. Una de las contribuciones más importantes del período fue el análisis del impacto del desenvolvimiento del capital monopolista sobre las nuevas formas de organización del trabajo y sobre el rol del sindicalismo.⁹

2 CUBA, EL FARO LATINOAMERICANO DE LA REVOLUCION.

7 Peter Clecak, "Monthly Review (1949—)," in Joseph R. Conlin (ed.), *The American Radical Press, 1880-1960*, v. 2. Westport, CT: Greenwood Press, 1974; p. 671.

8 Leo Huberman y Paul Sweezy, "La lucha anticolonialista en Estados Unidos", *MR*, Bs. As., año 3, n° 26, noviembre de 1965, pp. 3-13. Benjamin Shepard, "Antiwar Movements, Then and Now", *MR*, New York, v. 53, February 2002. Sobre la radicalización en los campus, Kirkpatrick Sale, *SDS*, New York, Vintage Books, 1974.

9 Harry Magdoff, *The Age of Imperialism*, New York, MR Press, 1969. Harry Braverman, *Labour and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century*, New York, MR Press, 1974.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana
 Como hemos dicho, *MR* se solidarizó con los procesos revolucionarios y fue especialmente receptiva del desarrollo del marxismo en el sur del continente¹⁰. Gestó una trama de vínculos con editores, publicaciones e intelectuales de izquierda y antiimperialistas de la región. En ese plano, se relacionó con sellos argentinos, como las editoriales Jorge Álvarez, Fichas, Palestra, Platina e Iguazú, con la **Revista de Liberación y Pasado y Presente**. Difundió artículos de intelectuales de izquierda de revistas latinoamericanas, como **Marcha** (Uruguay), **Arauco** (Chile), **Siempre!** (Méjico), etc.

MR fue uno de los primeros medios americanos que se solidarizaron con la Revolución Cubana. El entusiasmo originó viajes de sus editores y de otras personalidades de la cultura internacional para observar *in situ* el todavía incierto retoño del socialismo. Sartre recorrió Cuba al año del triunfo revolucionario y observó la potencia de los cambios impulsados y el tamaño de las adversidades que se perfilaban.¹¹ En agosto del mismo año, Charles Wright Mills ponderó desde la isla los logros de la revolución, y tradujo en un libro, con un lenguaje sencillo dirigido al americano medio, la obra constructiva y el igualitarismo de la revolución comandada por Fidel Castro¹².

MR siguió con expectación las transformaciones en marcha en Cuba. Huberman y Sweezy fueron los primeros en avizorar su derrotero socialista cuando la propia conducción del Movimiento 26 de Julio se cuidaba de identificarse con el marxismo.¹³ Diversos autores del colectivo neoyorkino y colaboradores latinoamericanos auscultaron la actualidad revolucionaria, se entrevistaron con dirigentes cubanos y reflexionaron sobre sus realizaciones y encrucijadas.¹⁴ Algunas de estas cuestiones serán analizadas en los párrafos siguientes.

10 Como parte de tal interés, lanzó una edición en castellano con artículos seleccionados de la publicación norteamericana y de intelectuales latinoamericanos. La colección, publicada en Buenos Aires por la editorial Perspectivas, fue dirigida por Irene Misrahi. Circuló entre junio de 1963 y el mismo mes de 1966, cuando se implantó la dictadura de Onganía.

11 Jean P. Sartre, **Huracán sobre el azúcar**, Montevideo, Ediciones Uruguay, 1961, p. 151.

12 Charles Wright Mills, **Listen, Yankee. The Revolution in Cuba**, New York, Ballantine Books, 1960 (*Escucha Yanky*, Méjico, F.C.E., 1961). La obra contenía varias horas de conversaciones con Fidel y el Che, además de innumerables diálogos con anónimos habitantes de la isla.

13 Una muy interesante descripción del temprano entusiasmo de *MR* por la Revolución en Rafael Rojas, "Socialistas en Manhattan. La Revolución Cubana en *Monthly Review*", **Prismas**, Universidad Nacional de Quilmes, v. 17, n° 1, junio de 2013, pp.117-136.

14 Huberman y Sweezy viajaron a Cuba en 1959 y 1960, recorriendo la isla en compañía de Fidel y del Che. La experiencia fue publicada en 1960 en **The Anatomy of the Cuban Revolution**. En 1960, Paul Sweezy ofreció una conferencia en La Habana sobre planificación. La revista abrió sus páginas a Fidel Castro, quien publicó "A Real Democracy", *MR*, vol. 12, n° 4, septiembre de 1960, pp. 305-310. Una temprana celebración de la Revolución, desde el punto de vista feminista, fue proclamada por Nancy Reeves, "Women of the New Cubans", *MR*, v. 12, n° 6, noviembre de 1960. Harry Magdoff, editor de *MR*, se entrevistó con el Che en 1964 en La Habana y estrechó un perdurable vínculo amistoso. Harry Magdoff, "Encounters with Che", *MR*, v. 56, 2004, p. 24.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana
 MONTHLY REVIEW, PALESTRA DE UNA INTENSA POLEMICA.

Las encrucijadas económicas del socialismo.

MR realizó un reporte exhaustivo de las transformaciones económicas propiciadas por la Revolución. El registro abarcaba cuestiones estructurales inherentes a la transición al socialismo; las nacionalizaciones de empresas, el comercio internacional, el desarrollo industrial, la situación de la mano de obra, la diversificación de la producción agraria, la inversión pública, la planificación económica¹⁵, etc.

Según los editores, las nacionalizaciones de grandes y medianas empresas, un conquista admirable, sin embargo deparaban inconvenientes. El que requería urgente solución era la escasez de personal dirigencial experimentado, ya que las presiones norteamericanas provocaron la emigración de los equipos técnicos y administrativos calificados. La guerra económica imperialista se hacía sentir con otros contratiempos; había impedido el suministro de bienes de capital, insumos y repuestos esenciales. La Revolución debía forjar recursos técnicos y mano de obra en función de la enorme tarea del desarrollo social.¹⁶

La obtención de recursos humanos requería un potente impulso educacional. En esta cuestión, *MR* constataba el desempeño épico de la Revolución y los propósitos radicales de su programa educacional. Los logros más asombrosos de la campaña de alfabetización se daban en la instrucción primaria y secundaria, con un incremento extraordinario de la inclusión de nuevos alumnos. Otra experiencia fructífera fueron los planes masivos de educación de adultos.¹⁷ En cambio, en los primeros años del proceso revolucionario, la educación universitaria se había resentido. La causa principal de la disminución de estudiantes, pertenecientes en su mayoría a las clases altas, fue la emigración.

Los desequilibrios derivados del conflicto con Estados Unidos eran de compleja resolución. No resultaba sencillo reorientar el comercio exterior para reemplazar el rol cuasi monopolístico que

15 **MR** apoyaba los esfuerzos cubanos por la urgente tarea de la planificación económica para el desarrollo. Paul Sweezy, “La planificación económica”, **MR**, Bs. As., año 2, n° 15, pp.42-53.

16 A pesar de las graves contrariedades, el líder trotskista Ernest Mandel reconocía los progresos en el desarrollo industrial efectuado por la Revolución. Ernest Mandel, “Defend the Cuban Revolution”, **International Socialist Review**, v. 25, n° 3, Summer 1964, pp. 80-83.

17 Entre 1958 y 1962, se pasó de 737.000 a 1.350.000 alumnos. La enseñanza media triplicó el número de alumnos. Leo Huberman y Paul Sweezy, “El futuro de la economía cubana”, **MR**, Bs As., año 1, n° 9, mayo de 1964, p. 13.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana desempeñaba la potencia americana.¹⁸ El ingreso a la órbita comercial de la URSS y el bloque del Este, aunque era ineludible, no reportaba beneficios instantáneos; necesitaba subsanar carencias e incompatibilidades como la falta de depósitos y las divergentes nomenclaturas y sistemas de medidas. Por otra parte, la disponibilidad de mano de obra era problemática; las amenazas contrarrevolucionarias y de invasión extranjera obligaban al desplazamiento de fuerza laboral hacia las prioridades exigidas por la defensa nacional.

La revista de Huberman y Sweezy también evaluaba las dificultades del desarrollo industrial. Si bien la producción manufacturera había crecido, hacia 1964 se notaba el desmoronamiento del llamado “romanticismo revolucionario” de la primera etapa. Sus metas ambiciosas, tendientes a lograr un rápido crecimiento industrial en la isla, parecían impracticables. *MR* apuntaba, otra vez, a los errores en la planificación, al fracaso en copiar modelos soviéticos, como el checoslovaco, opinión también compartida por el Che.¹⁹

La revista evaluaba positivamente el papel jugado por la ayuda económica ofrecida por la URSS y el bloque socialista. Su comercio y asistencia eran factores claves para la supervivencia de Cuba, para que reorganizara su economía y emprendiera un plan de desarrollo. En corto plazo, el mundo socialista había reemplazado en un 80% las importaciones y exportaciones antes dependientes de los Estados Unidos. Los daños ocasionados por el bloqueo, causa del déficit acumulado por el comercio exterior cubano, fueron mitigados con los créditos a largo plazo ofrecidos por la Unión Soviética y por el tratado firmado con dicha nación para la compra prolongada de azúcar.²⁰ Esta última cuestión, la importancia de la exportación de azúcar para la obtención de divisas, fue reconsiderada por los mandos revolucionarios a mediados de la década. Los ingresos generados por el azúcar financiarían el desarrollo de otros sectores de la economía. El interrogante de *MR* era el mismo que se planteaba la dirigencia cubana. ¿Quedaría la Revolución aherrojada al destino de la monoproducción? No era el único foco de preocupaciones de la revista.

También urgía resolver problemas relativos al desenvolvimiento de la economía rural. A pesar del crecimiento inicial de la producción, las complicaciones y desfases se arremolinaron a partir de 1962. Tras la devastadora y prolongada sequía de 1961/1962, se habían suscitado graves

18 Adolfo Gilly, “Cuba entre la coexistencia y la revolución”, *MR*, Bs. As., año 2, v. 15, p. 8.

19 Un examen de las fallas en la planificación y el inconformismo sobre el rol que debieran cumplir los países socialistas frente al desarrollo de Cuba fue expuesto por el Che en Argelia en 1963. Ernesto Che Guevara, **Apuntes críticos a la economía política**, La Habana, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

20 La asistencia socialista también se tradujo en créditos de inversión, para la construcción de medio centenar de fábricas, de estaciones de generación eléctrica, embarcaciones, instalaciones portuarias, máquinas, que terminarían siendo propiedad del Estado cubano. “El futuro...” op.cit., p. 20- 21.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana inconvenientes en la producción azucarera. El mando revolucionario no disponía de un amplio repertorio de opciones. En los primeros años, para superar la monoproducción azucarera, se intentó impulsar el desarrollo manufacturero y la “diversificación agrícola”. Esta orientación, junto a la aplicación de la primera reforma agraria, disminuyó la mano de obra y produjo una fuerte caída del volumen de la zafra. El uso de voluntarios, entusiastas pero inexpertos, no pudo revertir la situación. Según *MR*, la dirigencia revolucionaria había cometido un error al descuidar la economía azucarera.²¹ Marcaba otra carencia en la política agrícola de la Revolución: además de capital, se requería una organización racional y equipos adiestrados; es decir, una planificación ajustada a las necesidades y a la disponibilidad de recursos.²²

El aumento de la producción agrícola tenía, además, escollos sociales. Según *MR*, uno de ellos era el sector de los campesinos ricos, propietarios de medianas extensiones, que, por razones políticas, eran renuentes a aumentar los rendimientos. Sobre este suelo de inconformismo nacieron brotes contrarrevolucionarios que, atizados y armados desde Estados Unidos, lanzaron las guerrillas de Escambray.²³ La “segunda reforma agraria” apuntó a ese sector con la nacionalización de las tenencias mayores a 67 hectáreas.²⁴ Afectó a seis mil campesinos que, por lo general, vivían en las ciudades y hacían trabajar sus campos por asalariados rurales. Imposibilitados de ampliar la acumulación de propiedades y de enriquecerse, eran un caldo de cultivo de resentimiento contra la Revolución. Esta transformación aumentó el rol del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) y elevó a un 70% la cantidad de tierras bajo gestión estatal (granjas del pueblo, cooperativas). La medida recibió un gran apoyo en las concentraciones urbanas y estrechó la relación de la Revolución con las masas campesinas, organizadas en la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP). *MR* destacaba la solidez de estos vínculos. Los campesinos no podían ignorar las conquistas de la nueva era: la alfabetización, la fundación de escuelas y

21 Según Huberman y Sweezy, la reforma agraria y la creación de empleos urbanos hicieron disminuir el número de trabajadores empleados en la zafra. “El futuro de...” op. cit., p. 9-11.

22 La Revolución reclamó la asesoría de expertos internacionales, entre ellos el francés René Dumont, especialista en agricultura tropical. René Dumont, “Castro Sí. Anarchie No!”, *France Observateur*, 3/10/1963, p. 17. Otro importante asesor en planificación fue Charles Bettelheim. Paul Sweezy sugirió al *Che* que lo contratara para esa misión. Estuvo en funciones entre 1960 y 1968. Jérôme Leleu, “Charles Bettelheim et la Révolution cubaine”, *RITA* (Revue Interdisciplinaire de Travaux sur les Amériques), Paris, n° 6, février 2013.

23 Estos conatos se extendieron en forma intermitente entre 1960 y 1966. Realizaron sabotajes, quemaron cañaverales, asesinaron campesinos, maestros y alfabetizadores. La Revolución debió enviar miles de milicianos voluntarios para enfrentar la llamada Lucha contra los Bandidos. José Rebozo, el último líder de estos grupos instigados por la CIA, fue capturado en 1966. Norberto Fuentes, *La Autobiografía de Fidel Castro II*, Madrid, Destino, 2007, pp. 1115-1118. Raúl Castro, *El Día*, México, 15/9/1975, p. 16.

24 La Ley de Nacionalización de fincas mayores a 67 hectáreas se promulgó el 3 de octubre de 1963. Oscar Delgado ed., *Reformas agrarias en América Latina*, México, FCE, 1965, p. 528. A. Gilly, “Cuba entre...”, op. cit., p. 9.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana hospitales, los caminos y el transporte público. El apoyo campesino se materializaba también en la participación voluntaria en las milicias organizadas en las compañías serranas.²⁵

Controversias de mayor voltaje. Las tendencias en el seno de la Revolución.

MR sumó a sus páginas opiniones de la izquierda crítica. Su tema recurrente, casi obsesivo, era la existencia de tendencias divergentes en el Estado Mayor fidelista que amenazaban con desviar al proceso de la senda revolucionaria “verdadera”. Observando las disyuntivas del desenvolvimiento económico, algunos colaboradores trotskistas identificaban disidencias en la dirección revolucionaria.²⁶ Para estos intérpretes, los avances y retrocesos de la gran transformación eran el resultado de la puja de fracciones que trataban de influir en sus ritmos y orientación. Con perspicacia (no libre de cierta dosis de esquematismo), Adolfo Gilly²⁷ correlacionaba las tendencias internas con problemas expuestos o debatidos en la confrontación chino soviética de la misma época. Observaba dos rígidos alineamientos enfrentados en el equipo gobernante, los partidarios de priorizar el desarrollo industrial y quienes ponían énfasis en el agrícola. En términos más lapidarios, marcaba la confrontación entre el Ministro de Industria (Guevara) y el titular del instituto de la Reforma Agraria (Carlos R. Rodríguez), que provenía del Partido Socialista Popular (comunista). Según Gilly, el *Che*, un temprano partidario de la industria, había reconocido el error de transitar apresuradamente la senda del desafío manufacturero. En este intercambio de opiniones, Fidel había zanjado la polémica impulsando la reorientación del programa económico. Sin renunciar al desarrollo de la industria, el esfuerzo debía concentrarse en incrementar las exportaciones azucareras a los países socialistas para embolsar las divisas necesarias para el desarrollo de la isla. La mayor eficacia de la actividad agrícola debía obrar como palanca para el financiamiento y la movilización de las fuerzas productivas orientadas a la industria.²⁸

Según el colaborador trotskista de *MR*, el desacuerdo de las fracciones también se manifestaba en la manera de aumentar la productividad de los trabajadores fabriles y agrarios. Las discusiones se entablaron entre quienes pretendían aplicar estímulos materiales (premios en dinero) y quienes

25 Op.cit,p. 30.

26 La apertura a contribuciones del trotskismo incluía la publicación de artículos de Ernest Mandel.

27 Gilly era un intelectual, periodista y, más tarde, historiador argentino de orígenes trotskistas, vinculado al Partido Obrero Revolucionario (POR) de J. Posadas; grupo donde también militaban Alberto Pla, Guillermo Almeyra, José Lungarzo, Ángel Fanjul, etc. Residió en la isla entre 1962 y 1963 como corresponsal de **Marcha**. Su experticia en los movimientos guerrilleros de Colombia, Guatemala y Perú, le granjearon la admiración de Sweezy y Huberman. Véase: “Retiración de tapa”, **MR**, Bs. As., año 2, n° 15. Además de colaborar con **MR** y en **Marcha**, también lo hacía en **Época**, **New Left Review** y otras revistas la izquierda internacional.

28 Discurso de Fidel Castro en la Concentración conmemorativa del sexto aniversario de la revolución, 2 de enero de 1965, en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1965/esp/f020165e.html>

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana apelaban a los incentivos morales, de índole socialista. Para Gilly, la vertiente “conservadora” o “de derecha” se inclinaba por los premios en dinero; la “izquierdista” por el “entusiasmo revolucionario”, por el valor del ejemplo y el compromiso en la construcción del socialismo. En una orilla se encontraban Carlos Rodríguez y Blas Roca; en la otra, Guevara y Dorticós. La perspicacia del crítico no lo ponía a salvo del esquematismo (y quizás maniqueísmo) en el análisis de trayectorias no siempre observables en la conducta de los actores a los que se refería. La tajante rotulación parecía forzada y, en ocasiones, el propio intelectual argentino reconocía la endeblez del argumento clasificatorio. Admitía que los pronunciamientos de tales dirigentes eran indirectos, velados, poco claros; más bien, se trataba de “acentuaciones en uno u otro sentido” que encubrían una polémica profunda.²⁹

El crítico trotskista le atribuía causas políticas al fracaso de la lucha por la mayor productividad de los trabajadores. Los obreros sentían descontento, encono, contra los cuerpos directivos del sindicalismo. El sistema revolucionario no era un bloque monolítico y no estaba exento de contradicciones; estas existían en los sindicatos. El malestar iba dirigido al titular de la Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria (CTCR), Lázaro Peña³⁰. Según Gilly, el hastío era más general y apuntaba a todas las cúpulas gremiales; la razón de ese sentimiento se debía a que los sindicatos se habían convertido en un estamento dependiente del Estado. Las decisiones se imponían sobre las bases a las que, según el intelectual argentino, los líderes gremiales habían dejado de representar. Aunque el diagnóstico del malestar de las bases no se apoyaba en ninguna experiencia laboral o fabril específicamente localizada o mencionada, Gilly anticipaba una dialéctica de nuevos cambios en el interior de la vida sindical que habrían de revitalizar la Revolución.³¹

Gilly aseguraba que las tendencias en la Revolución no eran sólo el producto de visiones discordantes en el Estado Mayor revolucionario. Se engendraban en presiones que venían desde abajo, de los avances o retrocesos en la actividad de las masas. Aunque agudo e intuitivo, el reporte del autor no citaba hechos ni experiencias geográfica y cronológicamente establecidas en los que se

29 Las opiniones del Che a favor de estímulos morales en Ernesto Guevara, **El socialismo y el hombre en Cuba**. La Habana, Editora Política, 1988, p. 10. A. Gilly, “Cuba...” op. cit., p.12-13. Otra interpretación sobre las tendencias latentes en la Revolución en Carmelo Mesa Lago, **Breve historia económica de la Cuba socialista**, Madrid, Alianza, 1994, pp. 48-76.

30 En 1939, Peña era dirigente sindical comunista y el partido había establecido una alianza antifascista con el gobierno de Batista. James Cockcroft, **América Latina y Estados Unidos: historia y política país por país**, Madrid, Siglo XXI, p. 348.

31 Gilly fundaba sus opiniones en la experiencia personal de haber asistido a asambleas sindicales en Cuba, aunque no informaba cuándo ni en qué gremios y fábricas había percibido el malestar. “Cuba...”, p. 23 y 26.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana evidenciaran los fragores subterráneos, el magma del inconformismo de las masas. Gilly se valía de un argumento convincente para explicar la invisibilidad del presunto malestar generalizado de la población. Esos sentimientos eran tapiados por la prensa cubana, a la que calificaba de “calamidad nacional”, ya que impedía la circulación de los disensos provocados por algunas decisiones y actos del gobierno.³²

Las disyuntivas que imponía la situación internacional también delineaban dos tendencias, según el autor argentino. Existían dirigentes influidos por la política de la URSS, interesada en estabilizar la paz con Estados Unidos y establecer acuerdos nucleares, especialmente luego de la grave crisis de los misiles de octubre de 1962. Esta orientación chocaba con lo que, según Gilly, era una voluntad soterrada, la decisión del pueblo cubano de extender la Revolución y la lucha antiimperialista al resto del continente. Este impulso provenía fundamentalmente del Ministro de Industrias, Ernesto Guevara. Para Gilly, esta tendencia chocaba ineluctablemente con la estrategia internacional de la URSS que, en defensa de la “coexistencia pacífica”, se desentendía del apoyo a la revolución en el continente.

Paralelamente a esta controversia que, en opinión de Gilly, retumbaba subterráneamente, los caminos de la Revolución también estaban influidos por las consecuencias políticas emanadas de la disputa entre China y los soviéticos. Con un bagaje impreciso de pruebas, Gilly aventuraba que las posiciones mayoritarias del pueblo cubano eran de afinidad con los chinos, aunque esta ráfaga de simpatía no formaba parte de una definición explícita de Fidel Castro, que mantenía la neutralidad. Sin embargo, tal situación de equilibrio y neutralidad no podía mantenerse en el tiempo. Por una “necesidad ineludible” de orden interno y externo, que el autor no definía ni encarnaba en fuerzas sociales concretas de la sociedad civil cubana, el itinerario de la Revolución inevitablemente iba hacia América Latina y hacia China.³³

El denunciacionismo trotskista: insidia e hipérbole.

A mediados de la década *MR* reprodujo, *sin compartir de manera explícita los argumentos de los polemistas*, cuestionamientos más implacables contra la conducción de la Revolución. Demostrando la amplitud de sus puntos de vista, acogió otra andanada de acerbas críticas emitidas por el

32 La libre circulación de información era restringida por la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR) que, según Gilly, ejercía la censura. “Cuba entre...” op.cit. p. 35.

33 Las evidencias surgían de “cientos de conversaciones con soldados, obreros, campesinos, estudiantes...” Gilly, p. 38-39 y 41.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana trotskismo o, mejor dicho, un sector de dicha congregación.³⁴ En efecto, es necesario reconocer que no todo el planetario de la Cuarta Internacional expresaba animosidad e impaciencia contra los líderes cubanos. Intelectuales como Ernest Mandel, que también publicaron en *MR*, miraban con más comprensión y confianza los esfuerzos y las decisiones de los cuadros dirigentes para la construcción de una sociedad socialista.³⁵

La nueva ráfaga de cuestionamientos era una radicalización de los pronunciamientos, relativamente moderados, que Gilly había estampado en un par de años antes en *MR* y que glosamos en los párrafos anteriores.³⁶ A partir de 1965, otros grupos trotskistas (mexicanos, argentinos y europeos) y la propia prensa capitalista se hicieron eco de los mismos para desacreditar a la Revolución, solazándose con el cuestionamiento al comando fidelista que ejercía una parte de la izquierda internacional. Las estocadas tenían una mayor dosis de aspereza y puritanismo ideológico. Las proclamas más vehementes vapuleaban el programa de la Conferencia Tricontinental, reunida en Cuba en enero de 1966; atacaban a la “coexistencia pacífica” y abogaban por estrategias que impulsaran el avance de la “revolución permanente” en Cuba y en el resto del continente. Apelando a gruesos anatemas, a sospechas y acusaciones indigentes de pruebas, denostaban el liderazgo de Fidel Castro, cuestionaban las relaciones de Cuba con la Unión Soviética, proclamaban la disidencia del Che con Fidel y apresuraban conclusiones acerca de la ruptura chino soviética.

En esta segunda oleada, las amonestaciones trotskistas sentenciaban el abandono de Fidel Castro de la estrategia revolucionaria. Con estilo insidioso, despreocupado por coleccionar evidencias comprobables, trataban de justificar la denuncia contraponiendo su figura con la del *Che* y agitando de manera temeraria y escandalosa³⁷ la enemistad y ruptura entre ambos dirigentes. Este tipo de imputación, realizada por líderes que se arrogaban un retazo de la representación de la IVª Internacional, el llamado Buró Latinoamericano presidido por J. Posadas, trascendió las fronteras

34 A principios de los sesenta el pequeño grupo de trotskistas residente en Cuba, el Partido Obrero Revolucionario (POR), estaba liderado por el argentino J. Posadas. El grupo y Gilly fueron expulsados en 1963. “Lo que existe no puede ser verdadero. Entrevista a Adolfo Gilly”. Traducción de la nota aparecida en **New Left Review**, nº 64, July- August 2010, p. 14.

35 Ernest Mandel, “Defend the Cuban...” op. cit., p. 80.

36 El artículo de Gilly en **MR** fue transformado en el libro **Cuba: coexistencia o revolución**, Bs As, Perspectivas, 1964.

37 Las afirmaciones eran proferidas con una retórica sensacionalista que no distinguía (y avasallaba) las fronteras entre la sospecha y la culpa.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana de las usinas trotskistas; fue difundida por la prensa capitalista y sembró cierta credibilidad y perplejidad en círculos más amplios de la izquierda y del progresismo en el mundo.³⁸

En lo atinente a las relaciones entre el Che y Fidel, las páginas de *MR* revelaron, sin proponérselo deliberadamente, la naturaleza vidriosa de las argumentaciones trotskistas. En efecto, a pesar de la evidencia, una carta de puño y letra del *Che* en la que explicaba su salida del gobierno y su inminente misión internacionalista, los dirigentes trotskistas seguían denunciando que la mencionada carta era falsa. En una vertiginosa oferta de afirmaciones intercambiables, sostenían que Guevara estaba muerto, que había sido “eliminado” para callar su lucha, que la burocracia lo había “liquidado” para evitar un reagrupamiento de las tendencias revolucionarias, que estaba preso en Cuba, que lo mantenían escondido, que estaba “anulado y encerrado en algún lugar”, que no decían dónde había viajado y que lo respaldaba una tendencia mayoritaria en el pueblo cubano y, quizás, en el partido.³⁹ Sin reparar demasiado en la volatilidad de las acusaciones emitidas, Gilly estaba convencido de que se había perpetrado una evolución conservadora y autoritaria de Fidel Castro, especialmente luego de la “separación” de Guevara, y que la misma era un efecto de su alianza con Moscú y de su adhesión a la coexistencia pacífica. Para justificar la acusación, Gilly refería una serie de decisiones fidelistas conectadas con cierta arbitrariedad, algunas de las cuales no se correspondían con la trama fáctica de la época. Según los detractores, Fidel había virado a la derecha por el decreto gubernamental que retiraba las armas a la milicias, por permitir viajar a los Estados Unidos a contrarrevolucionarios cubanos, por el hostigamiento a los trotskistas y por otros episodios de menor relevancia, como no solidarizarse con la huelga de los transportistas en Nueva York ni con el dirigente maoísta de Harlem Bill Epton, condenado por un tribunal norteamericano.

38 Las críticas que el Che dedicó a la URSS en Argelia en 1963, sus desavenencias con los manuales de economía política de la Academia de Ciencias de aquel país expresaron la independencia y singularidad de su concepción del socialismo. Sin embargo, estas opiniones no pueden ser traducidas como disidencias profundas y, menos aún, ruptura con Fidel Castro, tal como deducían los trotskistas y una catarata inagotable de literatura anticastrista de ayer y de hoy. A pesar de la abigarrada opinión, no existió evidencia de tal divergencia en los escritos y opiniones de Guevara, ni de Fidel, ni de otras autoridades del movimiento revolucionario. Orlando Borrego, **Che. El camino del fuego**, Buenos Aires, Editorial Hombre Nuevo, 2000, pp. 381-422. No obstante, la versión de las desavenencias con Fidel a raíz del cuestionamiento a la Unión Soviética tiene amplia circulación y fue meneada, también, por autores de izquierda, como Jon Lee Anderson, **Che. Una vida revolucionaria**, Bs. As., Emecé, 1997, pp. 627. No está mal reparar que el vasto aparato comunicacional de la prensa y la literatura pro capitalistas recrea continuamente la creencia de que el Che fue “traicionado” por Fidel, extendiendo esta acusación a la experiencia en Bolivia. Como fruto reciente de este inveterado tesón, véase el libro del periodista cubano, residente en Miami, Alberto Müller, **Che Guevara. Valgo más vivo que muerto**, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014. La obra de este ex contrarrevolucionario, capturado en 1959 por sus actividades en Sierra Maestra, tuvo una entusiasta recepción por la prensa conservadora argentina en mayo de 2015. “Entrevista a Alberto Müller en **La Nación**”, 6 de mayo de 2015.

39 La carta del *Che* en Elmar May, **Ernesto Che Guevara**, Barcelona, Ediciones 62, 1991, p. 76. Las fabulaciones sobre su asesinato y/o encarcelamiento en Cuba fueron emitidas por diversos grupos trotskistas. Véase J. Posadas en **Frente Obrero** (Montevideo), 27 de enero de 1965, p. 3. También en la revista italiana **Lotta Operaia**, reproducida en “Discurso de Fidel...” op. cit, p. 28-29.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana
 En la nómina de “claudicaciones” de Fidel, Gilly agregaba el presunto “silencio” cubano sobre las luchas de masas norteamericanas, una denuncia que contradecían numerosos testimonios de la época.⁴⁰

La controversia abarcó la cuestión del programa de la lucha revolucionaria y la estrategia guerrillera. Las recusaciones trotskistas aludían al burocratismo de la dirección cubana, al seguidismo pro soviético y al encadenamiento de la Comisión Tricontinental al mandato de la coexistencia pacífica. El encarnizamiento se concentraba en la organización internacionalista que agrupaba al activismo latinoamericano, de Asia y África. Sentenciaban su fracaso, reprochaban manejos espurios y la digitación de las delegaciones de América Latina por parte de los partidos comunistas pro soviéticos.⁴¹ La parálisis de la Tricontinental era imputada a la “grave crisis” que atravesaba la dirección cubana. ¿Cuál era la evidencia de la crisis en el poder cubano? Gilly aportaba como “prueba” lo que, más bien, parecían una conjetura y un deseo: Guevara había sido separado del gobierno y existía una movilización de las masas cubanas, no registrada por ningún testimonio empírico glosado por el autor ni por la prensa capitalista del continente, reclamando por su pronta aparición. Otra especulación sentenciaba el destino de la Tricontinental: para que la organización aceptara la coexistencia pacífica había sido necesaria la “liquidación” de Guevara, decisión de la que era cómplice Fidel Castro.⁴²

Para los trotskistas, la defección del fidelismo contrastaba con la pujanza revolucionaria de la guerrilla germinada en Guatemala, el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13). Esta fuerza, de origen nacionalista, había abrazado el marxismo y, junto a otros grupos de izquierda, conformó las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR).⁴³ Un matiz singular caracterizaba al MR13. En él

40 No poca evidencia desmentía las afirmaciones de Gilly. El interés cubano por las luchas sociales y étnicas en los EEUU a mediados y fines de los sesenta era un compromiso permanente de la revista **Pensamiento Crítico**, una cantera de información permanente sobre las reivindicaciones de los sectores populares americanos. Vilma Ponce Suárez, “Pensamiento Crítico: una revista de su tiempo”, La Habana, s/e, 2004-2005, p. 115. Stokely Carmichael, uno de los líderes de los Panteras Negras, visitó y publicó en Cuba artículos sobre la movilización de los afroamericanos en Estados Unidos. “El poder negro”. **Pensamiento Crítico**, nº 4, La Habana, mayo de 1967, pp. 165-176. Adolfo Gilly, “Una conferencia sin gloria y sin programa”. **MR**, Bs As., año 3, nº 32, mayo de 1966, p. 41 y 45.

41 Adolfo Gilly, “Una conferencia...” op. cit., p. 35-36.

42 Sin tener en cuenta las razones de la discreción del gobierno cubano por no revelar el periplo del Che, Gilly aseguraba que “a Guevara lo han asesinado o le impiden por cualquier medio expresarse políticamente”. Gilly, “Una conferencia...” op.cit. p. 41 y 43.

43 Había surgido a partir de oficiales jóvenes que participaron en una frustrada conspiración militar, el 13 de noviembre de 1960. Ante la defección de los generales, los oficiales subalternos ligaron su activismo hacia la emancipación de los campesinos. Luego de visitar Cuba, en 1962, decidieron el lanzamiento de la guerrilla rural. Ese año se aliaron con los comunistas (PGT) y movimientos estudiantiles para la formación de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Sus principales dirigentes fueron los comandantes de León, Yon Sosa y Turcios. Adolfo Gilly, “El movimiento guerrillero en Guatemala”, **MR**, Bs. As., nº 22/23, junio julio de 1965, p. 24-26. Jorge Gil Solá, “Guatemala ¡Vencer o morir!”, **Cristianismo y Revolución**, nº 10, octubre de 1968, pp. 29-31.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana participaron grupos trotskistas “posadistas” que, hasta su expulsión en abril de 1966, ejercieron cierta influencia sobre el comandante Marco Antonio Yon Sosa.⁴⁴ Gilly, íntimo conocedor de este fenómeno, celebraba a esta formación guerrillera por luchar por una revolución socialista, por un gobierno obrero y campesino. Ese programa diferenciaba al MR13 de quienes postulaban la construcción de un frente de liberación que incluyera a otros sectores sociales, como la burguesía nacional y las clases medias. La excepcionalidad de una guerrilla socialista, según el autor, era posible por la maduración de las condiciones revolucionarias en el panorama internacional.⁴⁵ Sin embargo, el entusiasmo por las perspectivas del MR 13 no era compartido por otras vertientes de la insurgencia guatemalteca. Según los dirigentes de las FAR, afines a la dirección castrista, la influencia trotskista arrastraba a la guerrilla al sectarismo y la aislaba de una base de apoyo social más amplio. El MR 13 ponía mayor esfuerzo en las luchas reivindicativas urbanas de los trabajadores; adoptaba una estrategia que, a través de la toma de fábricas y tierras, pretendían la construcción de un “poder dual” para desencadenar una insurrección triunfante.⁴⁶ Esas concepciones provocaron desacuerdos en el seno de las FAR y la escisión, en diciembre de 1964, del MR 13.

Ofuscado por el desdoro que los trotskistas sufrieron en Cuba, Gilly sostenía que la emergencia del MR 13 exasperaba a la Unión Soviética y a Fidel Castro. En términos más concluyentes, pronosticaba que el liderazgo revolucionario cubano ya no podía influir en ningún movimiento guerrillero de la región.⁴⁷ La profunda y sincera identificación del intelectual argentino con el grupo combatiente, “una guerrilla socialista” a la que acompañó en sus itinerarios y campamentos, quizás contribuyera a que exagerara su predicamento sobre el resto del continente e, incluso, sobre la revolución mundial. Sin embargo, los acontecimientos protagonizados por las organizaciones armadas de Guatemala relativizaban o desvanecían las predicciones de Gilly. En abril de 1966, el MR 13 expulsó a los trotskistas y, en enero de 1968, reingresó en las FAR.

Impresionados por las respuestas furibundas que Fidel Castro les dedicó en la Conferencia Tricontinental, algunos trotskistas lanzaron reproches desorbitados contra el Primer Ministro cubano. Una de las más crueles imputaciones fue la supuesta falta de apoyo de Cuba a la República

44 El nexo entre la guerrilla guatemalteca y los trotskistas se logró a través de los militantes del POR mexicano. La causa de la posterior expulsión de los activistas posadistas del MR 13 fue la malversación de dineros de la guerrilla. Oscar de Pablo, **A la izquierda de margen: los trotskismos internacionales en México, 1958-2000**, México, s.e., 2005, pp. 13, 14 y 16.

45 En el análisis del avance de las condiciones revolucionarias a nivel planetario, cierta dosis de extravagancia futurológica se filtraba en el posadismo. Consideraba que la guerra atómica era inevitable y crearía condiciones favorables para una revolución socialista. **Frente Obrero**, 19/2/1966, p. 3 y 2/3/1967, p. 5.

46 Adolfo Gilly, “El movimiento...” op. cit., p. 19- 20.

47 Gilly, “Una conferencia...” op.cit., p. 38-39.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana Dominicana en ocasión de la descomunal invasión militar norteamericana del 28 de abril de 1965. Gilly le enrostraba a Fidel Castro no haber movilizado a las masas cubanas y latinoamericanas en defensa de la nación invadida, insinuando que el Che lo hubiera hecho. Otros grupos trotskistas, con brioso tono fiscalizador desde sus oficinas neoyorkinas, lo incriminaban de apenas “brindar un apoyo vacío” y no haber actuado con eficacia para un levantamiento popular dominicano. El reclamo parecía poco consistente en el análisis de la tremenda disparidad del potencial y la envergadura de las fuerzas actuantes en la isla vecina.⁴⁸

La ofuscación del Comandante.

La difusión de las críticas trotskistas provocó una respuesta destemplada por parte de Fidel Castro.⁴⁹ *MR* la publicó, aunque perturbada por la virulencia de los términos utilizados. La furibunda réplica no parecía compadecerse con las opiniones del propio Primer Ministro sobre el carácter marginal de dichos grupos en los procesos revolucionarios latinoamericanos.

Según el líder cubano, la Revolución no sólo era agredida por acciones criminales del imperialismo. También era atacada por la calumnia y maledicencia de críticos de extrema izquierda, a quienes consideraba funcionales a los planes de los Estados Unidos. Juzgaba insidiosa a la metodología de los grupos trotskistas. Sus afirmaciones, sin evidencia alguna, sembraban la sospecha, intentaban persuadir a la izquierda de la existencia de una ruptura con el Che. Fidel también alertaba que la campaña era replicada, con sospechosa unanimidad, por voceros de la prensa capitalista. “Noticias” emanadas de tales medios dictaminaban que la salida de Guevara del gobierno entrañaba una derrota infligida por el fidelismo en acuerdo con la URSS. Fidel rechazaba las invectivas; no existía tal separación o expulsión del Che, sí la voluntad de mantener en secreto los motivos y el destino de su partida, para no favorecer a las expectantes agencias de seguridad e inteligencia norteamericanas. Esta explicación no convenció a los trotskistas. Obsesionado por las hipótesis conspirativas, el

48 La acusación trotskista en: “Comuna de Santo Domingo: traición reformista”, traducido de *Spartacist*, New York, n° 7, September / October, 1966, p. 3-4. Este alegado contra Fidel, cruento y porfiado, pertenecía a la diminuta congregación neoyorquina *Spartacist League*. Robert Alexander, *International Trotskyism: a documented analysis of the world movement*, Durham, Duke University Press, 1991, p.890-920. “Discurso de Fidel Castro en la clausura de la Conferencia Tricontinental, La Habana, 15 de enero de 1966, en Fidel Castro. **Obras escogidas**, t. II, Madrid, Editorial Fundamentos, 1976, pp. 63-74. También publicado en *MR* año 3, n° 32 mayo de 1966, pp. 27-33. Para calibrar el potente despliegue militar en República Dominicana (15 mil soldados americanos más refuerzos de seis naciones del continente) véase: Alan McPherson (ed), **Encyclopedia of U.S. Military Interventions in Latin America**, Santa Bárbara, CA., ABC-CLIO I.I.C., 2013, pp. 157-158.

49 Discurso de Fidel Castro...” op.cit. pp. 63-74; *MR*, Bs As., año 3, n° 32 mayo de 1966, pp. 27-33. Otros líderes cubanos ofrecían un panorama internacional de las “provocaciones” de grupos trotskistas contra la Revolución. Blas Roca, “The Trotskyist Slanders Cannot Tarnish the Cuban Revolution”, *International Socialist Review*, New York, v. 27, n° 3, Summer 1966, pp. 91-95.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana mejicano Felipe Albaguante proclamaba que el *Che* había sido asesinado por Fidel, instigado por la Unión Soviética.⁵⁰

En un arrebato de destemplanza, Fidel Castro arremetió contra Adolfo Gilly, a sabiendas de su condición de dirigente del POR y del grupo posadista escindido de la Cuarta Internacional.⁵¹ Desmentía sus opiniones sobre la ruptura con el *Che*, sobre las simpatías de Guevara con la revolución china y el desacuerdo con la URSS en torno a la revolución en Latinoamérica. Las aseveraciones lapidarias y las inferencias apresuradas del escritor argentino irritaron a Fidel Castro. Él mismo había dado a conocer las evidencias del viaje voluntario (y con el apoyo de la dirección revolucionaria) del Che hacia el extranjero. En efecto, el 3 de octubre de 1965, el Comandante de la Revolución leyó públicamente la carta de Guevara, en la que explicaba las razones de su misión, sin aventurar pistas sobre el viaje a territorio africano. Para el líder cubano, solo el decurso de los sucesos y la información de la posteridad revelarían lo que, por razones de seguridad, no se podía publicitar en el momento, es decir, el itinerario del Che en el exterior.⁵²

Fidel Castro repudió las acusaciones de Gilly que le atribuían desentenderse del curso de la revolución latinoamericana. Lejos de manifestar indiferencia por la lucha en el continente, se sentía preocupado por la división del movimiento guerrillero en Guatemala. Atribuyó la fisura al influjo sectario que los trotskistas ejercían en ciertos líderes del MR13. Estaba apesadumbrado por la creencia de que Yon Sosa había sucumbido a las “insensateces” de la IV^o Internacional, que terminarían aislando a la guerrilla de las masas. Según Fidel, el exclusivismo clasista del programa del MR13 no sumaba apoyos. Tal como lo demostraba la guerrilla en Vietnam del Sur, un amplio frente revolucionario había unido a la mayoría de la población en la lucha contra el imperialismo y ampliaba las perspectivas del triunfo de las fuerzas rebeldes en el sudeste asiático. A pesar de la indignación manifiesta, responsable de injustas diatribas contra Gilly, confiaba en que, bajo la conducción del comandante Luis Turcios, el movimiento guerrillero guatemalteco rectificara su estrategia, incluso con el consentimiento de Yon Sosa. La presunción no pareció equivocada.⁵³

50 Las conjeturas de la prensa capitalista eran similares a las de los trotskistas: desacuerdos fundamentales entre Che y Fidel; presiones de los soviéticos, orientación pro china de Guevara, etc. Daniel Lambert “¿Dónde anda del Che?”, *Excélsior*, México, DF, 26/9/1965. “Discurso de Fidel...” op. cit., p. 28.

51 En 1962, Posadas y el Buro Latinoamericano de la IV^o Internacional se separaron de la organización fundada en 1938. Oscar de Pablo, *A la izquierda...* op.cit., p. 11.

52 “Discurso de Fidel...” op. cit., p. 33.

53 “Discurso de Fidel...” op. cit., p. 31-32. Confirmando las estimaciones de Fidel, en abril de 1966, Yon Sosa expulsó a los trotskistas. Sin embargo, entre 1966 y 1967, un programa contrainsurgente, comandado por el coronel Arana Osorio en colaboración con la CIA prácticamente destruyó a las guerrillas. Turcios murió en 1966 y, cuatro años después, fue asesinado Yon Sosa.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana
 Fidel estimaba canallesco otro ataque que los trotskistas difundieron a través de *MR*. El reproche, al que también calificaba de “miserable” y “desvergonzado”, lo recusaba por no haber apoyado abiertamente la revolución dominicana ni salir en defensa de la isla ante la invasión militar de los Estados Unidos. Según Fidel, resultaba paradójica la circunstancia en la que se ventilaban estas acusaciones. Mientras los seguidores de Trotsky denostaban la abdicación de Cuba en el caso dominicano, la prensa capitalista del continente justificaba la invasión de las tropas americanas por la infiltración castrista en aquella nación.⁵⁴ El Comandante estimaba delirante la petición de que Cuba enviara tropas para combatir contra los marines americanos. “Desgraciadamente, dijo, las fuerzas de Cuba son limitadas...” La Revolución disponía de armas para defenderse a sí misma en una correlación de fuerzas ostensiblemente desfavorable frente al imperialismo yanqui. Su gobierno no estaba en condiciones armamentísticas ni logísticas para impedir el desembarco y la ocupación. El examen de la disparidad en la relación de fuerzas ante un eventual socorro cubano acercaba a la queja trotskista a un desatino o una provocación.

Conclusiones.

MR fue una herramienta informativa contrahegemónica que difundió y apoyó las experiencias de la Nueva Izquierda. En el primer tramo de su trayectoria manifestó su adhesión a la URSS, alegando el rol de contrapeso frente a la política imperialista norteamericana. Al discurrir los años sesenta, preocupada por las transformaciones de América Latina, mantuvo un compromiso entusiasta con la Revolución Cubana. En este periodo comenzó a ser receptiva de diversos procesos de radicalización, entre ellos los originados en el nacionalismo antiimperialista, el maoísmo, la guerrilla y otras experiencias de lucha armada, como la “guerrilla socialista” del MR 13 en Guatemala.

En esta apertura y procesamiento de diversas vertientes revolucionarias, también difundió los puntos de vista de intelectuales y fuerzas trotskistas. Aunque sin adherir a sus rígidos postulados, se mostró interesada en evaluar los cuestionamientos que proyectaron sobre otras corrientes

54 En una exaltada oratoria Fidel dijo: “Este señor (Gilly) tiene la villanía de acusar a la Revolución Cubana de no haber dado un apoyo activo a la revolución dominicana. Y mientras los imperialistas acusaban a Cuba, mientras los imperialistas trataban de pretextar su intervención diciendo que elementos izquierdistas y comunistas, entrenados en Cuba, estaban allí al frente del levantamiento, mientras el imperialismo acusaba a Cuba y presentaba a la revolución dominicana, no como un problema interno, sino como un problema externo, este señor acusa a la Revolución de no haber dado un apoyo activo (...)”. Recordemos que la excusa, para solicitar la intervención militar, del embajador americano en Santo Domingo, William Tapley Bennett, era evitar la conformación de una “segunda Cuba” en el Caribe. David Coleman “Lyndom Johnson and the Dominican Intervention of 1965”, **National Security Archive Electronic Briefing Book**, n° 513, April 28, 2015. Según la prensa del continente, Cuba era culpable del levantamiento popular en Dominicana y en otros países de América. **La Nación y La Prensa** de la Argentina atosigaban a sus lectores con la misma denuncia. Juan Alberto Bozza, “Señales de alerta. Anticomunismo y radicalización durante el gobierno de Illia”. **Cuadernos del Sur Historia**, Bahía Blanca, UNS, n° 38, septiembre de 2009, p. 101-126.

En el ojo del huracán: *Monthly Review* y la revolución cubana izquierdistas, especialmente a las que, a través de procesos revolucionarios, habían conquistado el poder en algunas naciones.

Desde una plataforma marxista plural, *MR* siguió con entusiasmo el devenir de la Revolución Cubana. En momentos críticos, como la difícil coyuntura enhebrada a partir de la invasión en Bahía Cochinos y prolongada con la crisis de los misiles, la implantación del bloqueo y la actuación del bandidismo terrorista de Escambray, no se aferró a dogmatismos y exploró sin atenuantes aspectos contradictorios, encrucijadas y conflictos germinados al interior de la Revolución.

Al dar publicidad a las críticas trotskistas (Sweezy y Huberman defendieron la idoneidad intelectual de Gilly), el colectivo editor fue arrastrado, sin proponérselo, por el vórtice de una áspera disputa que puso en entredicho, entre otras cuestiones, el liderazgo revolucionario de Fidel, las relaciones con la URSS y su estrategia para extender la revolución a América Latina. La réplica intempestiva del Primer Ministro cubano a sus contradictores también afectó e incomodó a *MR*; sus páginas se vieron inmersas en un contrapunto de argumentos salpicados por la diatriba, el anatema y la violencia contra el adversario.

Si bien las estocadas trotskistas subrayaron algunas contrariedades reales en el poder y la sociedad cubana, a partir de 1965, se desmadraron en una retórica de incriminaciones deletéreas y conjeturas no respaldadas por evidencias factuales. El carrusel desaforado de “argumentos” puestos en juego para analizar la “ruptura” o “eliminación” del Che derivaron en afirmaciones escandalosas no rectificadas cuando se conocieron las reales dimensiones de los acontecimientos. La sentencia de que el acercamiento de Fidel a la URSS clausuraba el apoyo cubano a los movimientos insurgentes tampoco resistió las pruebas de la constatación histórica. De manera más o menos discreta, la dirigencia cubana estuvo comprometida con el auxilio a las FALN venezolanas, a las FAR y al EGP guatemaltecos, al MIR peruano de Luis de la Puente Uceda, a la campaña boliviana del Che, a las guerrillas dominicanas de Francisco Caamaño en los años setenta, entre otros casos. Las afirmaciones trotskistas acerca de que la “guerrilla socialista” del MR13 era una experiencia superadora del castrismo, denotaban un triunfalismo sobredimensionado. La inculpación a los líderes cubanos de no socorrer al pueblo dominicano ni enfrentar militarmente a las tropas invasoras carecía de elementales dosis de factibilidad y realismo.

Al habilitar un espacio de discusión sobre la Revolución Cubana, *MR* ponía de manifiesto debates constitutivos del desarrollo y fragmentación de la Nueva Izquierda latinoamericana; también el encarnizamiento y el sectarismo de los contendores.